

Debats i Diàlegs

Las vidas corrientes en la historia social. Las vidas de todos y todas

LOURENZO FERNÁNDEZ PRIETO

Universidade de Santiago de Compostela – Histagra

HISTORIA RURAL E HISTORIA DE LA GUERRA

Afronto la tarea que me pide el comité de redacción de *Segle XX*, comentar el texto de Justo Serna “La vida ordinaria. Apología de la historia cultural” para intentar establecer un diálogo que pueda ser de utilidad en la perspectiva de la historia social y de la historia a secas. Cuando se me sugirió dar la réplica a un trabajo de estas características acepté imprudentemente sin preguntar siquiera por qué se me pedía. Por eso tuve que hacerme esa pregunta antes de afrontar el trabajo e imaginar algunas respuestas. Dejando aparte el azar y la casualidad que también tendría su parte como en todo lo que acontece, supongo que se me sugirió porque formo parte del grupo de investigación *Histagra*, (www.histagra.usc.es) y también por la parte que me corresponde en la experiencia del *Proyecto Nomes e Voces*.

Histagra, es un grupo de historiadores e historiadoras del Departamento de Historia Contemporánea de Santiago, dedicados desde hace más de tres décadas a estudiar el mundo rural y a los campesinos. Espacios y gentes sin historia que parecen vivir en sociedades inmutables –que no lo son en absoluto– en las que el cambio social y el cambio tecnológico son apenas quimeras –cuando son mensurables incluso–, que, por ser analfabetos, parece que no producen fuentes escritas de ningún tipo –sólo son aparentemente ágrafos para el observador con prejuicios– y que por eso en gran medida –casi en exclusiva– son conocidos por la historiografía a través de las fuentes creadas por los poderes que intentan

controlarlos. Unas sociedades rurales que con toda su diversidad y complejidad y con innegable inercia constituyeron el tronco mayoritario de las culturas, las economías y las sociedades europeas hasta la vida de nuestros abuelos y que aún hoy forman parte esencial de las sociedades europeas y siguen siendo mayoritarias en el mundo. Y que, en contra de un ahistoricismo antropológico e ilustrado tan extendido que es casi normativo, combinaron las continuidades con los cambios desde la caída del Imperio romano y participaron o fueron colaboradores imprescindibles de muchos de esos cambios.

En cuanto al *Proxecto Nomes e Voces*, estuvo dedicado a indagar y censar las víctimas de las persecuciones y asesinatos vinculados al golpe de 1936, la guerra civil y el franquismo en Galicia. Lo desarrollamos entre 2006 y 2012 un amplio equipo de historiadores e historiadoras gallegos (6 coordinadores y otros tantos investigadores). La investigación, que buscó reconstruir los asesinatos, encarcelamientos y persecuciones de 15.000 personas para el período 1936-1940, incluyó la realización de entrevistas con víctimas protagonistas y con sus descendientes hasta acumular y ordenar un fondo de historia oral de más de 500 registros; la investigación sobre las víctimas requirió la lectura de 400.000 páginas de unos 2000 procesos militares y la indagación en más de 300 registros civiles; los trabajos con las familias de la víctimas permitieron la recopilación de más de 7000 fotografías de época y miles de documentos personales (cartas, carnets, diarios, notas personales...). Las *trayectorias represivas* de esas 15.000 personas actualmente pueden consultarse en red en el portal del proyecto: (www.nomesevoces.net). Sabemos que fueron todas las que están pero también que no están todas las que fueron.

Ambas experiencias investigadoras me acercaron a la historia de la gente corriente, a *las vidas de los otros*, habitualmente observadas desde el poder productor de fuentes. Para superar la visión unilateral de los de arriba hemos buscado la visión de los de abajo, su propia voz y su propia historia, a través de sus memorias, reconstruyendo las trayectorias individuales y las colectivas, siempre desde el punto de vista de la historia social, intentando encontrar – ¿y adoptar?– el punto de vista de los grupos subalternos. Esta última experiencia de *nomesevoces* aportó un gran caudal empírico a ese objetivo que estaba ya en la dirección inicial marcada en la escuela de historia rural que me formó: la historia de la sociedad concebida como historia de la mayoría, de la gente común, de los de abajo y, sobre todo, entendida desde el punto de vista de los campesinos (*labregos*): lo que en el caso de Galicia – un país de *labregos*- no tenía nada de extraordinario porque era nuestra historia, la de nuestros padres y abuelos. Una aproximación intelectual nada extraordinaria por aquel entonces, cuando, a mediados de la década de 1980, la historia agraria estaba renovando la historiografía española en la época en que los primeros egresados de la EGB y el BUP, una vez terminadas las licenciaturas, iniciamos nuestras trayectorias investigadoras. Esa dirección paradigmática de en-

tonces hacia la historia social agraria y ese enfoque que buscaba a los de abajo, a la gente sin historia, era también un producto generacional y, en sí mismo para nosotros, social (por no decir de clase). Éramos los primeros de nuestras familias en acceder a la educación superior, los primeros de familias de antiguos –centenarios– orígenes campesinos y más recientes –un par de décadas– orígenes obreros.

Ciertamente –os diréis– hubiera sido más fácil preguntarle al editor que esperaba de mí, pero de ese modo eliminaría la magia de la suposición, me ahorraría esta presentación de nuestro grupo de investigación e incluso este ensayo de autobiografía historiográfica que muy bien puede encajar aquí. En todo caso mi experiencia es menos de historiógrafo que de investigador del pasado y mis intereses están menos relacionados con el giro lingüístico, el giro historiográfico de la historia cultural y el análisis del discurso que con las fuentes y los métodos clásicos. Menos con la cultura que con la materia. Menos con el individuo que con la comunidad.

Materia que, en la práctica de la Historia rural, a veces puede llegar a ser el mismo estiércol fertilizante, producido con la mezcla de biomasa y deyecciones animales para abonar las cosechas que alimentaron a hombres y animales. Un clásico de la historia agraria europea, Slicher van Bath, en su *Historia Agraria de la Europa Occidental* (1962), afirmaba con buen criterio que *el progreso (material) huele a estiércol*. Los trabajos de David Soto, Manuel González de Molina y su grupo de la UPO (Laboratorio de Historia de los Agroecosistemas www.historiaambiental.org), o la investigación de Beatriz Corbacho (Histagra) para Galicia, se ocupan de la materia más básica, el estiércol, para indagar en el funcionamiento de las comunidades y conocer las lógicas del cambio social en el sentido más clásico de la historia social. Uno de los últimos trabajos del grupo sevillano en la *Revista de Historia Agraria* (2014, 63) *Cuestionando los relatos tradicionales: desigualdad, cambio liberal y crecimiento agrario en el Sur peninsular (1752-1901)* es una muestra perfecta de esta tendencia.

El estudio del cambio tecnológico es otro objetivo de una historia social que indaga la relación entre este y el cambio social. Busca comprender las lógicas innovadoras y conocer la capacidad social para “estar a la altura del progreso tecnológico”, incorporándolo, o de estar a la altura de las amenazas que supone, enfrentándose a él. Sin caer en el ingenuísimo tecnológico, porque tan revelador puede ser atender a las resistencias como a la adopción de innovaciones. Para ello se indaga a quién beneficia la innovación, quienes la promueven y quienes y cómo la incorporan. Así en plural: porque en las comunidades rurales europeas, aún en pleno siglo XX, incorporar una novedad exigía superar entre otros costes el coste del ridículo, del fracaso individual y por ello, aún en la era de la propiedad privada y la sociedad liberal, la decisión de innovar era siempre inevitablemente colectiva. La noticia, contra el tópico ahistórico, es que innovaban colectivamente,

cooperativa, asociadamente o amparados después por los técnicos y sus saberes. Sin ahondar en la materia diremos que para saber si las sociedades están acompañadas o desfasadas respecto a los paradigmas de su tiempo, recurrimos el estudio de lo que antes se incluía en el cajón del desarrollo de las fuerzas productivas: el progreso material y su concreción. Mejor opción esta, a mi juicio, que analizar en exclusiva el discurso de los regeneracionistas o la visión del estado a través de su producción legislativa. Por otra parte, estudiando las comunidades es como encontramos a los individuos, a muchos individuos. Y casi todos se dedican a eso: a empujar los arados a labrar las tierras a procurar con mimo la fertilización para garantizar el pan, la reproducción del hogar y la producción para el mercado. Nada admirable ni siquiera para Proust, todo conocido y corriente, pero, al fin y al cabo, las vidas de la inmensa mayoría de la humanidad, con su cultura –inmensa– su capacidad de innovación –inmensa también cuando es observada– y su capacidad de organización, de resistencia, de construcción y, empezamos a saber hoy, también de resiliencia.

Trabajamos, pues, menos con el individuo y más con la comunidad (en todo caso construida por individuos). Comunidades rurales con diferentes identidades y determinaciones: la de la casa o el caserío, la familia extensa o la madre soltera que vive sola y apartada; la vecinal de la aldea (término casi en desuso) o del lugar; la eclesiástica de la parroquia; la del pueblo (castellano) que puede coincidir –o no– con el municipio liberal español; la comarca como espacio físico diferenciado y de relación mercantil, familiar y personal que puede coincidir o no con el partido judicial. Y hacia arriba la provincia liberal que en pocos casos era ya la misma del Antiguo Régimen. Las antiguas identidades culturales y lingüísticas que pueden coincidir o no con viejos reinos y con actuales comunidades autónomas. El estado, en fin, construido como nación. Más allá todavía, más bien por debajo, están todavía los individuos que se mueven en cadenas de arrieros, de emigrantes transoceánicos y que constituyen nuevas comunidades de maragatos en el norte (pendientes de estudiar), de amas de cría pasiegas en la Corte (que bien estudió Carmen Sarasúa), de portugueses que parecen gallegos pero sólo hasta un punto porque los estados no se lo permiten (que estudié con Dionisio Pereira), de gallegos en América –que no dejan ver a los españoles– que van y vuelven y crean y producen, en ambos mundos (bien estudiados por Núñez Seixas y otros).

INDIVIDUOS Y SOCIEDAD. FORMAS DE VERLOS. HISTORIOGRAFÍA

La historia de lo singular que enfoca lo individual y al individuo, frente a la historia de los procesos, las estructuras y las clases bien delineadas, es también paradójicamente la del post-estructuralismo que permite encontrar lo ordinario, frente a lo extraordinario del viejo historicismo y a lo mecánico del estructuralismo;

alimenta esas nuevas formas de hacer historia social más eclécticas, capaces de nutrirse de diferentes aportes y liberarse de los viejos corsés; permite encontrar a la gente corriente que antes era invisible, y también a las masas, como viene haciendo la historia social desde que logró liberarse de corsés mecánicos y teleológicos, y como bien refiere Justo Serna en su texto. La vuelta de lo singular no es nueva; la superación de los férreos marcos de las estructuras en las que los individuos no ocupaban lugar forma parte de un ciclo de décadas en el que confluyeron el fin de las utopías post-68, el postmodernismo y finalmente la caída del muro. Un ciclo seminal y prolongado en el siglo XXI que está empezando a agotarse. Aquella lenta y fecunda ruptura de los paradigmas totalizadores e ontológicos anclados en el siglo XIX, explica esta vuelta, retorno o recuperación del sujeto que ya viene ocupando las últimas tres décadas.

Antes, en las décadas centrales del pasado siglo XX, en los buenos años dorados de la posguerra mundial, transitamos desde la historia como mito político del estado nacional en construcción propia del XIX: gobernantes, reyes, héroes y gestas nacionales, a la historia que, inspirada en el marxismo, intentaba identificar y estudiar las estructuras y que se reafirmó como ciencia social en la cuantificación y la serialización después de la IIª guerra mundial. Se transitó por entonces de las ingenierías mecánicas del XIX a la ingeniería social de la segunda mitad del XX; en medio, la bisagra creadora, fantástica y abrumadora del período de entreguerras: otras dos décadas prodigiosas y seminales. Y fue entonces, en la década de 1950, cuando se extendió el nuevo paradigma de la modernización –el nuevo programa del progreso– y triunfaron definitivamente las ciencias sociales que lo impulsaban y lo explicaban. En ese tiempo desaparecieron poco a poco los individuos, para quedar como anécdotas o curiosidades casi arqueológicas propias de historiadores locales o de curas rurales eruditos.

El retorno del individuo es conocido y seguramente llegó para quedarse por mucho tiempo, aunque el ciclo de “la vuelta del sujeto” esté agotando su inmenso empuje al hilo de esta prolongada crisis. El sujeto se quedará pero necesariamente bien acompañado. Después de 1989 todo se empezó a ver de modo diferente. La *rational choice* y otras tendencias de las ciencias sociales –en especial de la ciencia social absoluta: la economía– permitieron confluir a la Historia –tan asentada en su papel de ciencia social en la posguerra mundial–, con el individuo que por entonces va a ser re-apreciado y con él todas sus producciones. La vuelta de la biografía se constata entre nosotros en torno a 1990 (J. Álvarez Junco y su *Emperador del Paralelo*) y tiene una de sus cimas recientes en la *Isabel II* de I. Burdiel (2010).

En 1996 un número monográfico de Historia Contemporánea del PV con el significativo título de *A vueltas con el sujeto*, (nº 13-14, coordinado por Joseba Aguirreazkuénaga), da cuenta de un asunto que está ya entonces muy trillado, lo que no quiere decir incorporado. En el volumen están presentes proyectos e ideas

(también debates) que alimentaron la historiografía española en los últimos 20 años: biografía, prosopografía, diccionarios biográficos. Curiosamente el único autor entre 23 que trataba la cuestión de la autobiografía en aquel número era Julio Caro Baroja, (reproducción, *in memoriam*, de un artículo suyo de quince años atrás, 1981). Decididamente, la autobiografía, no estaba todavía incorporada como objeto de interés ni tampoco como fuente. No obstante el papel que ya estaba empezando a tener la historia oral como historia de vida. Y a pesar del impacto del trabajo de Roland Fraser (1979: *Blood of Spain*); de los History Workshops y la *Voice of the past*, de R. Samuel y Paul Thompson, constructores desde la década de 1970 de nuevas fuentes y enfoques, desprofesionalizadores de la Historia y deconstructores de *The Myths We Live By* (1990); los de Luisa Passerini sobre el fascismo y la clase obrera turinesa (1984) y las más cercanas iniciativas de M.C. García-Nieto en su Seminario, Cristina Borderías y Mercedes Vilanova (Historia y Fuente Oral) o Isaura Varela y Marc Wouters (Historia Oral de Galicia/ Historia-USC) que confluyeron en 1988 en el I encuentro de Fuentes Orales.

No obstante este significativo desajuste, en este volumen si estaban presentes ya los hombres y mujeres que había introducido E.P. Thompson (en artículo de Jesús Millán) en su nueva historia social superadora del estructuralismo, en el momento en que la perspectiva subjetiva toma el lugar de la visión de las clases sociales como protagonistas sucesivas de la Historia. Era la moda de los retornos de hace 20 años y entre ellos el retorno del sujeto. Y con el la biografía pero no tanto todavía la autobiografía. La mayoría de los autores de este número defendían con coherencia la unidad entre sujeto y objeto, entre individuo y sociedad, porque el retorno de la biografía no se produjo en la ignorancia de los avances de la historiografía posterior a 1945, ni pretendía reincorporar los viejos moldes decimonónicos (insiste en su aportación en el mismo volumen X. R. Veiga Alonso), aquellos arquetipos que en la España de 1975 defendía todavía C. Seco Serrano y que algunos de sus epígonos intentarían recuperar aprovechando este retorno. Porque ni todo es siempre nuevo ni todo lo nuevo dura más allá del tiempo de empezar a envejecer.

Un reciente número de *Ayer* (2014, 93(1)) dedicado a *Los retos de la biografía* y coordinado por Isabel Burdiel da cuenta, dos décadas más tarde, de cómo la expansión de los sujetos posibles desborda ampliamente a los grandes personajes, informa también de los avances o la creatividad de esta vía para hacer historia y, por

supuesto, de algunos de sus límites. Constituye un excelente punto de encuentro para un debate en este campo.

FORMAS DE HACER HISTORIA.

Lo cierto es que, volviendo a las formas de hacer historia, me resultaría difícil compartir la idea de la historia cultural como un nuevo intento de historia total, aunque no es eso lo que plantea J. Serna, si es lo que parece explicitarse en algunos de los cultivadores del giro cultural: *torzedores* casi, al modo de la *torzida* futbolera brasileña, capaces de reconstruir todo el pasado sólo a partir del análisis del discurso, precisamente cuando esta aproximación al pasado da evidentes muestras de agotamiento. Cuando son precisamente filólogos expertos en estudios literarios y culturales, los especialistas clásicos en análisis del discurso quienes empiezan además a hacer Historia a la manera del historiador y recurriendo a las fuentes propias del oficio. Es el caso de algunos académicos ibéricos en la universidad norteamericana, como Joan Ramón Resina (Stanford), en su *La vocació de modernitat de Barcelona. Auge i declivi d'una imatge urbana*. (2008) o de Xermán Labrador (Princeton), en sus trabajos sobre el imaginario histórico de la Transición a la democracia o el proceso de recuperación de la memoria histórica en España, véase su “Unearthing Franco’s Legacy” (2010) o “Historia y decoro” (2011)

A propósito de ese agotamiento del análisis del discurso para hacer historia, unas recientes críticas de F. Rousseau, (*Historia Social* n° 78) en relación con la historiografía dominante sobre la I guerra mundial, nos sugieren que puede haber una confusión entre la historia cultural y la historia de los cultos. Critica Rousseau como la explicación dominante sobre las creencias, las expectativas, la identidad nacional, la concepción de la nación y aún la posición popular mayoritaria de los soldados franceses en la Gran guerra se ha construido a partir del manejo de las cartas, los diarios y las publicaciones de unos pocos cientos de sus millones de protagonistas, precisamente aquellos más dotados para la escritura, la reflexión ideológica y más definidos en sus preocupaciones políticas y patrióticas. De modo que podemos decir que se confunde en este caso la denominada cultura de guerra con la guerra de los cultos, siendo ambas cosas bien distintas. Lo que viene a sugerirnos el trabajo de F. Rousseau es que para algunos ejercicios de inferencia sobre las identidades nacionales y las culturas políticas sería necesario un trabajo más exhaustivo de búsqueda, tratamiento de fuentes y fundamentación empírica, más allá del análisis del discurso.

Pensar nuevas fuentes, buscarlas, localizarlas y tratarlas para hacer la historia de la gente de abajo requiere un esfuerzo diferente al de localizar textos editados o incluso manuscritos, susceptibles de exhaustivos y eficaces tratamientos con métodos bien definidos y bien testados. Pero no es tan sólo un problema de fuentes

y de número de materiales a contrastar. Es también un problema de enfoque o si se quiere epistemológico por ser algo pedantes. ¿Sabemos algo, por ejemplo, de las actitudes y comportamientos de los soldados del ejército rebelde en la guerra civil? ¿y sobre los del ejército popular? ¿y de las masas que hicieron, sufrieron y murieron en la guerra civil española? ¿o bien nos hemos conformado hasta ahora con la versión de militantes y dirigentes, elevándola a categoría normativa? No es necesario recordar que sólo muy recientemente se ha empezado a indagar más allá de lo que decían los grandes protagonistas militares y políticos de la guerra, en su propia mezcla de propaganda y justificación. Incluso algunos de los primeros y recientes estudios sobre los combatientes de ambos ejércitos tuvieron dificultades para superar los marcos establecidos por la propaganda y por las visiones normativas largamente construidas sobre adhesiones y rechazos al golpe, la guerra y la revolución. El análisis del discurso fue útil para definir no pocos aspectos del combate ideológico o para indagar en la construcción del nuevo nacionalismo franquista pero poco o nada puede decirnos sobre el carácter voluntario o forzado de la participación en las unidades militares de millones de jóvenes, más allá de lo que decían sus generales y comisario políticos o de lo que en sordina pudimos haber escuchado en casa a nuestros propios abuelos.

Si en un giro algo radical pasamos del estudio de las guerras como conformadoras de identidades nacionales y parteras de culturas políticas, al estudio del cambio tecnológico en la agricultura tal vez se entienda mejor el problema. El enfoque habitual de los historiadores en este asunto ha sido el de los técnicos y los pioneros innovadores (frecuentemente más ilustrados que agricultores), empuñados en la difusión de máquinas, nuevos aperos o cultivos, como un valor en sí mismo, no siempre bien relacionado con las concretas condiciones de producción y las necesidades domésticas de reproducción. El asunto ha sido conocido e indagado principalmente a través de las fuentes por ellos producidas, y su juicio ha sido el punto de vista frecuentemente utilizado por la historiografía, ignorando —¡por ignorantes!— el de los agricultores, cuya voz no aparecía en el proceso ni se buscaba, salvo para reafirmar el tópico de la falta de interés innovador e inmovilismo. Y, sin embargo, allí estaba su voz, en los registros de sus sociedades y cooperativas, incluso en sus revistas y publicaciones —que las había y en abundancia, al igual que sus cartas y diarios— y, sobre todo, en sus acciones innovadoras, registradas en los libros de cuentas de los vendedores de maquinaria e incluso —asombroso— en las regulares estadísticas oficiales que descansaban llenas de polvo en los archivos públicos. Algunas de las fuentes más ricas eran tan conocidas como despreciadas hasta que algún colega empezó a perder el tiempo en leerlas a mediados de los años ochenta. Es el caso, por ejemplo, de los Estatutos oficiales de las sociedades agrarias y de labradores. Convencidos de la ignorancia campesina se suponía que todos seguían un modelo único sobre el patrón de la ley de aso-

ciaciones vigente en cada momento y preparado por algún abogado o político de la zona con influencia en la asociación. Lo que descubrimos fue la expresión de los intereses campesinos, presentados por ellos mismos de formas complejamente diversas según las orientaciones político-ideológicas, los territorios, las necesidades agropecuarias y los períodos de creación de las asociaciones. Un mundo de información y conocimiento sobre unos campesinos que apenas vemos expresarse en la Historia y de los que habíamos desoído sus propias voces hasta entonces, incluso cuando las teníamos delante.

Descubrimos así la capacidad de aquellos agricultores, despreciados por inmovilistas y contrarios al progreso, para incorporar innovaciones que les beneficiaban y también para intentar rechazar las innovaciones contrarias a sus lógicas domésticas y productivas. Entendimos también que, en ocasiones, cuando consiguieron ambas cosas –incorporar unas innovaciones y rechazar otras– lograron seleccionar la tecnología disponible en la medida de sus necesidades y ponerla a su servicio, en el período que va de 1900 a 1940. Sin mayor aversión al riesgo que otros sectores sociales y siendo menos refractarios de lo que siempre se había considerado a través de los ojos urbanos. No poca utilidad tuvo para llegar a esto el análisis del discurso, para poder deconstruir el mito del atraso y descubrir la mentira interesada o la confusión de aquellos frustrados técnicos que se daban de bruces con la realidad de la tierra y querían justificar en su obvia superioridad intelectual frente a aquellos ignorantes, su frustración por lo magro de sus resultados prácticos en el “fomento del progreso material y moral” del “atrasado mundo rural español”. Después de ese primer paso fueron necesariamente otras fuentes, no siempre susceptibles de ser analizadas desde los métodos de la historia cultural, las que permitieron descubrir la actividad y los comportamientos de la gente corriente, en relación con el cambio tecnológico.

LA HISTORIA DE LA MULTITUD, LA HISTORIA DEL INDIVIDUO

Como historia de la mayoría de la sociedad, la historia de la multitud es también la Historia de los individuos pero no sólo. Es útil si embargo, entiendo, pensar la Historia de la multitud como se piensan y construyen las biografías y aún las autobiografías de los individuos que componen la multitud y la ilustran.

Los historiadores y las historiadoras construimos la historia de la multitud y la historia de las sociedades con las mismas armas y los mismos conflictos con que se construyen las biografías y las autobiografías y que tan bien presenta en este texto Justo Serna, tirando del hilo de Bourdieu, Foucault, Barthes, también de Freud, Lacan y Castilla del Pino Las *racionalidades retrospectivas*, los *recuerdos encubridores* y los *recuerdos creadores*, la coincidencia de sujeto y objeto en las autobiografías, el diferente sentido de lo que hicimos y lo que recordamos, afectan también a la bio-

grafía y/o autobiografía social que los historiadores construimos, sin apartarnos más que con dificultad de aquella sentencia de B. Croce de que toda historia es historia contemporánea. Al fin y al cabo, como indica J. Serna “una autobiografía es el relato que alguien escribe acerca de su propia vida. Una biografía es la vida de una persona —célebre o no—, cuyos avatares y hechos reconstruye, ordena y narra” un biógrafo/historiador. La racionalidad retrospectiva que es característica común de muchas autobiografías lo es también de la construcción de la Historia. Una historiadora vasca, Idoia Estornés, que publicó recientemente su autobiografía (2014: *Como pudo pasarnos esto. Memorias de una chica de los sesenta*), consciente del uso de este mecanismo, lo explica a la perfección en un auténtico modelo de racionalidad retrospectiva consciente.

Nos interesa el individuo para estudiar a la multitud. Estudiamos la historia de la multitud entre otras cosas para indagar sobre las revueltas, los motines y las revoluciones. Y lo hacemos desde que las masas irrumpieron en el sistema político contemporáneo de forma permanente y porque cuanto más decidieron (democracia) las masas o más fueron utilizadas (totalitarismos), más interés tuvimos los historiadores por conocer su comportamiento en el pasado. Y a este respecto nos hacemos siempre la misma pregunta, que es la esencial, la relevante y la que tan bien formula Justo Serna: ¿Qué provocó las revoluciones? —el lo formula en presente: provoca— Eso es lo que queremos saber los historiadores o, dicho de otro modo, lo que quieren que los historiadores sepamos. Para reproducirlas, para evitarlas, para utilizarlas.

Coincido con Serna en que “la pobreza no provoca revoluciones” —prefiero el pasado: provocó—, sino que fueron provocadas por la esperanza del cambio, por las posibilidades y aspiraciones de mejora y por las expectativas de que ese cambio era posible. También entiendo que las “necesidades materiales... se perciben o se detectan gracias a las categorías culturales” e ideológicas —añadiría— como parte de las anteriores. Pero no puedo estar tan de acuerdo en que “si ha habido luchas a lo largo de la historia es por los modos distintos y opuestos que hemos tenido a la hora de percibir, de nombrar, de juzgar” Las necesidades materiales y las esperanzas de mejora social de la gente común no se resolvieron en combates nominalistas, a no ser precisamente para los líderes y los dirigentes políticos que nos dejaron el legado de su propuesta y su interesada memoria de lo que aconteció.

Hay que tener en cuenta también que “Vivir es emprender numerosas acciones de las que después no queda registro: desde acciones propiamente físicas hasta pensamientos no expresados”. Y es inevitable preguntarse “¿Qué autobiografía o qué biografía podrían retener todo ese material perdido o no documentable?”. La respuesta es tan antigua como la capacidad de construir Historia a partir de registros y tan cambiante como la capacidad de los historiadores para buscar o indagar fuentes que antes no lo eran, superando la restrictiva lógica documental

archivística tradicional para incorporar la oral, la publicidad o las cartas familiares de la gente común.. etc. Esto es, para intentar conocer lo que antes era desconocido. Porque para indagar en las esperanzas de las masas, de la gente corriente que está detrás de los motines y las revoluciones hay que indagar necesariamente esos “pensamientos” si somos capaces de indagar y apreciar cómo se expresan. Conviene reparar en que abundan los registros documentales inutilizados hasta que las necesidades de la historiografía nos obligan a emplearlos y hasta que somos capaces de diseñar las formas de utilizarlos.

Inapelable también la afirmación de Serna de que “Un documento no es el hecho, lo que sucede. Es su huella, lo que queda cuando el acto se ha cumplido o frustrado u olvidado” y por supuesto que el material del que tienen que valerse los biógrafos, al igual que los historiadores es “un material incierto, precario, al que atribuir significado en su contexto”. Cómo hacerlo, como atribuirle ese significado contextual es la gran pregunta metodológica a que ha de responder el historiador en su proceso de indagación y reconstrucción del pasado.

A propósito de las autobiografías dice J. Serna que “lo que hicimos y lo que recordamos no tienen necesariamente el mismo sentido”, Ahí reside precisamente el papel del historiador, en darle sentido actual al pasado, a los problemas del pasado que nos interesan hoy, sin caer en el anacronismo ni la manipulación presentista, porque los *recuerdos encubridores* y los *recuerdos creadores* de las autobiografías son reproducibles por los historiadores cuando reconstruyen las sociedades del pasado. Nos interesa explicar el pasado en su contexto desde hoy. Qué pasado elegimos conocer o dónde ponemos el foco, es la cuestión decisiva en la que intervienen los intereses del presente, los juegos de poder, la aventura del conocimiento, la propia deontología de los historiadores y, claro está, su propio poder sobre el presente, si es capaz de ejercerlo.

HISTORIA DE PASADOS INCÓMODOS

Hablemos ahora de cómo afrontar y construir la historia de pasados incómodos. Todos lo son en realidad pero me refiero en este caso a los pasados de genocidio, olvido y recuerdo del siglo XX. Para afrontarlos desde el punto de vista de los protagonistas son útiles no pocas de las prevenciones y recomendaciones que plantea Serna en relación con la biografía y la autobiografía, pues además se trata de un material muy abundante en este caso.

La construcción de una memoria estereotipada y conformada como un relato repetido siempre exactamente igual es algo que nos hemos encontrado en *Nomes e voces*, al indagar en los relatos de las víctimas y sus descendientes. La construcción de un relato idéntico pero cambiante y contextualizado en el tiempo también es conocida (véase la Lista de Piedras). La seguridad y contundencia con que los pro-

tagonistas de esos pasados pueden construir el relato autobiográfico que estuvieron elaborando y reelaborando desde 1936-1945 llega a veces a extremos asombrosos como en el caso de un entrevistado del proyecto que publicó sus memorias con una estructura y contenido exactamente idénticos al relato que nos ofreció en la larga entrevista que le hicimos. El mismo relato que los amigos y familiares le habían oído contar de forma inalterada a lo largo de los últimos años, pero que ahora quiere hacer público –publicar– cuando hacerlo no sólo es ya posible sino una forma de venganza poética contra sus perseguidores desde 1936 hasta 1956. Nada infrecuente... Es un fenómeno que se observa con frecuencia en la historia de nuestro pasado incómodo de guerra, golpe y dictadura. Exactamente igual que en otros pasados similares.

Y en ocasiones, como refiere Justo Sena, quien realiza su autobiografía acude a “sus propios archivos o visita las ciudades y los parajes que frecuentó en su infancia”, como hace la citada Idoia Estornés en un ensayo muy recomendable. Pero el autobiógrafo, sigue diciendo, “escribe poniéndose en el lugar del otro que fue y del que quedan pocos o muchos rastros. No sólo relata hechos: también precisa los motivos de sus acciones, lo que esperó, lo que deseó o lo que temió. Pero para esto no siempre hay fuentes”. Exactamente igual le acontece al historiador que reconstruye el pasado. Y es por ello por lo que el análisis de la biografía y la autobiografía permite conjurar algunos de los problemas y las desviaciones que, como hemos venido indicando, ha de enfrentar el historiador. Pero hay muchas formas diferentes de autobiografías, desde las memorias de una historiadora como Estornés o un avezado políptico como Churchill a la entrevista relativamente breve realizada por un historiador a un protagonista, pasando por diarios, dietarios, historias de vida, etc.

Parte de nuestras vidas y por tanto de las historia de las sociedades “se consume conjeturando, soñando, fantaseando, imaginando y de eso no siempre hay documento o reminiscencia”. Es precisamente por eso que debe ser tenida en cuenta la capacidad evocadora de la autobiografía respecto de lo que otras fuentes nunca nos dirán: la otra cara, lo deseado que no se materializa. El enfoque del pasado que el historiador nunca puede apreciar por otras vías lo podrá encontrar en las autobiografías, una de esas fuentes que, pese a sus numerosas trampas, nos permite observar precisamente lo soñado, conjeturado o esperado de los individuos. Tal vez cargado de anacronismo y siempre cargado de engaños.

Un ejemplo característico podemos encontrarlo en el caso de la actitud ante las matanzas y persecuciones del golpe de 1936. Es cierto que muchas memorias y autobiografías parecen suavizar las actitudes personales, se les descubre fácilmente la autojustificación porque redefinen razones, ocultan con disculpas, desvían responsabilidades o atribuyen a causas atávicas y rencillas locales un proceso de carácter genocida que nunca antes había ocurrido ni después se ha repetido en

sus familias y comunidades. Unas matanzas desconocidas hasta entonces en sus comunidades. Pero también es cierto que en este caso las fuentes observadas desde la perspectiva de los que podemos denominar *salvadores*, permiten apreciar esa otra realidad que se le escapó al historiador hasta ahora –aunque no al escritor de ficción–. La memoria de los *salvadores* es la de la acción en gran parte oculta de los que se negaron a participar en las matanzas y persecuciones, de los que intentaron no colaborar con la barbarie y, antes al contrario, procuraron evitarla; algunos a veces lo lograron por algún tiempo o incluso por mucho tiempo. Posiblemente fueron muchos más de los que podemos imaginar. Estuvieron hasta ahora fuera de la historia y nadie se ha fijado realmente en ellos, aunque si están y pueden encontrarse en los relatos populares de los vencidos y en los relatos manipulados de los vencedores. Pero todavía no han merecido ser historiados. Su memoria se escapó porque era íntima necesariamente, privada siempre pues era imposible que fuese pública, pero fue recogida en diarios íntimos, en notas breves sobre la guerra, nunca pensadas para ser publicadas sino simplemente para descargar individualmente la conciencia o –muy frecuentemente– dejar constancia familiar para las futuras generaciones. La memoria de los *salvadores* que realmente lo fueron resultó sublimada y apropiada –lo sabemos bien– en los relatos de los perpetradores, de aquellos verdugos de 1936 que adquirieron poder, fama, honores y riquezas andando las décadas de la dictadura. Fue una memoria apropiada por la dictadura misma en sus estertores. Pero siempre estuvo ausente del relato general de los protagonistas principales, de los discursos franquistas y antifranquistas y de la historiografía. No es la tercera España, no son los que se inhibieron, tampoco los que huyeron, ni siquiera los que tuvieron miedo –casi todos–. Pero si indagamos puede que comprobaremos que fueron la mayoría de los que sufrieron el vendaval de julio de 1936 y que se mantuvieron fieles a los principios de la civilización en que se habían movido toda su vida ellos, sus padres y sus abuelos, hasta que la guerra civil en el tiempo del fascismo, la guerra mundial contra los fascismos y la guerra fría posterior, ocultaron su memoria y liquidaron los restos de aquel civismo antiguo, aprendido y transmitido durante 100 años de liberalismo político.

Las memorias son una vía inmejorable para apreciar las desviaciones de la historia, las alternativas truncadas, las posibilidades que no fueron, la historia sumergida. Pero no son un objeto en sí mismas sino tratadas por los historiadores; en sí mismas son pura emotividad. Permiten al historiador social observar esas otras opciones posibles para así alejarse de la construcción de la historia como confirmación sancionadora del presente, para poder pensarlo históricamente, cuestionarlo si es necesario, en lugar que sancionarlo acríticamente. Si el mito de la revolución (inglesa, francesa, soviética) está superado, hablemos de reforzar pluralismo, democracia, derechos humanos o libertades civiles, que se hacen más fuertes si el historiador no es un sancionador del presente y sus poderes tendencialmente

absolutos. Las memorias nos ayudan a hacer mejor nuestro trabajo: buscando en el pasado no sólo lo que fue sino lo que fue posible pero no pudo ser. Ayudan a construir una fórmula que conjura el teleologismo servil y mecánico o aquel viejo historicismo genético que explicando el presente lo justifica en el pasado, y permiten construir la historia con más libertad para descubrir aquello que el presente no sanciona o incluso evita: quien estudia a las víctimas, a los campesinos o a las mujeres en la historia tiene que optar consciente o inconscientemente por una fórmula así.

Precisamente es en la autobiografía donde pueden rescatarse lo que no está escrito, lo oculto. Pero debe saber ser leído por el historiador: el engaño, la cara oculta de lo oficial, los anhelos, las expectativas, lo imaginado... Leído pero antes buscado. Todos los que sabían y podían escribieron su guerra del 36. Hay diarios a raudales pero sólo ahora hemos empezado a buscarlos o, más bien, a saber que hacer con ellos. Estaban ahí sin que nadie les prestase atención. Los hijos los que menos y los hijos historiadores menos que nadie, porque los historiadores siempre huimos de nosotros mismos cuando escribimos. Fueron muchos, muchísimos, los protagonistas de 1936 que tuvieron necesidad de explicarse o de entender que había pasado (normalmente son memorias no diarios, pero muchas veces basadas en notas tomadas en el momento). Como comprobamos en el desarrollo del proyecto *Nomes e Vóces* todos los protagonistas, en las condiciones adecuadas, estaban dispuestos a hablar y explicarse pero no había sido preguntados –más que dispuestos estaban deseosos– y por eso aparecieron a la vez numerosas memorias y notas privadas del pasado: porque alguien las había escrito pero también porque alguien las había conservado.

Un ejemplo reciente de estos materiales, las últimas memorias que he manejado, expresan con detalle la expectativa frustrada de una presa antifranquista al salir de la cárcel después de *10 años, 3 meses y 120 horas de prisión. Mis memorias*, es el título de un librito de un centenar de páginas modestamente editado en 2010 por la hija de Dolores Botey Alonso, autora de esas memorias de cárcel. Un libro familiar, una edición modesta, *una de tantos* que, como en casi todos los casos, nos dirá algo distinto y singular que podemos inferir para otros muchos comportamientos. Cuenta la autora que al salir en 1953 de su periplo de cárceles de más de una década descubrió que a nadie le importaba ni nadie quería saber, primero en la peluquería, después con su propia familia o con viejos conocidos, a nadie importaba que había hecho ni donde había estado. Había resistido la cárcel entre los 20 y los 30 años de edad considerándose parte de una acción heroica y militante para descubrir de pronto que lo que había sufrido a nadie importaba lo más mínimo. La lucha por la vida y la normalidad cotidiana era mucho más importante que su penosa historia de perdedora, incluso para los miembros de su familia que había salido antes que ella de la cárcel. Se descubrió antihéroe y en su relato nos

explica de forma sencilla la naturaleza no política del franquismo y la actitud de la gente corriente. Que es en lo que además se convierten lo antes posible todos los que había tenido “antecedentes”. Una de tantas vidas corrientes. Escribe todo esto en 1974 (veinte años después de salir de la cárcel) en la libertad de la emigración londinense (dice ella) y lo explica sin dar cuenta de por qué había sido detenida con sus hermanos, de qué la habían acusada o con qué organización colaboraba. Desde cierto punto de vista historiográfico no tendría ningún interés y por eso, igual que tantos otros testimonios escritos, durmió en los cajones de la casa familiar hasta que el presente lo rescató, la reveló.

De las biografías dice Justo Serna que “se escriben con documentos, con testimonios, con fuentes materiales e inmateriales. Los investigadores interrogan, visitan archivos, consultan papeles y fotografías, objetos y escritos. Los datos obtenidos, finalmente recopilados, son sólo un amasijo de referencias, un cúmulo de informaciones: vastas o escasas noticias de una existencia a la que hay que dar relato y estructura, según decíamos” Que “ponen en orden lo que por principio carece de ello: la vida” La historia vivida diría yo. “Las investigaciones exhuman restos de una trayectoria personal que sólo es pasado, una vicisitud que ya está desaparecida y de la que no siempre hay fuentes. Pero de una vida no todo puede saberse”. Y como muy bien decía Voltaire: no todo el pasado puede ni merece ser conocido. “Una parte esencial de nuestra existencia... se consume sin vestigio o sin testimonio, oculta a la mirada o a la inspección de los otros, e incluso ajena a nuestra vigilia consciente”. Una reflexión que comparto casi por entero. Pero diría yo que ese no es el problema de “una” vida sino el problema de muchas vidas, de algunas vidas, de la mayoría de las vidas, de unas más que de otras: de los campesinos, emigrantes, soldados siempre forzosos, víctimas; incluso de los héroes que están desapareciendo de la historia y de la vida, aunque puede que ya estén en tiempo de retorno en este convulso presente.

Una cuestión de gran relevancia para los historiadores contemporaneistas. Dice Serna con tino que “Toda biografía es en mayor o menor sentido una autobiografía. El biógrafo no es protagonista de las acciones relatadas, no es el personaje narrado” Para los contemporaneistas al igual que para los biógrafos se establece un “vínculo inextricable... entre el yo que habla y el yo del que se habla. De nosotros mismos: de nosotros mismos no escapamos ni los historiadores” Aquí está una de las claves de nuestro trabajo, saber si hablamos de nosotros o no cuando hablamos del pasado y sus problemas. El antiguo principio de la distancia del historiador con el objeto de estudio (pero ¿y con el sujeto?). La sentencia de Miguel Artola de que sólo se podían historiar procesos cerrados, explicaba – y justificaba– que durante el franquismo la época contemporánea de la que se ocupaban los historiadores del interior terminase en 1900. Hoy podríamos decir –en la época del retorno de la genética y cuando la nueva economía evolutiva resalta la depen-

dencia de la trayectoria- que difícilmente se cierran los procesos históricos dignos de tal nombre: ni la hominización, ni la industrialización, ni... En todo caso los historiadores no hablamos de nosotros, porque si lo hacemos difícilmente descubrimos los aspectos incómodos del pasado, como indica Serna a propósito de las biografías.

Para terminar creo necesario insistir en la crítica al análisis de discurso concebida como forma privilegiada y preferente de hacer historia o incluso como única forma de hacer historia. Aunque el giro lingüístico nos deje su legado, los efectos del retorno están pasando necesariamente con los cambios de este presente que vivimos. Centrar la historia en el relato, en su construcción y deconstrucción conlleva abandonar la propia construcción de la Historia como nuevo conocimiento basado en fuentes, de indagar el uso de nuevas fuentes y la capacidad de descubrir y explorar el pasado o, más bien, los pasados que nos conciernen. Y desde luego, nos aleja de la posibilidad de estudiar el pasado de la gente corriente hasta que esta es alfabetizada, ¡y aún ahí!

Conjurar el engaño –aún sin descubrir una imposible verdad- es hacer historia criticando las fuentes. Dos últimas referencias para explicarlo. Una vez más topamos con E: P: THOMPSON como maestro, da igual la formación de la clase obrera inglesa, los comunales ingleses o la peripecia de su hermano como oficial británico de enlace de la guerrilla comunista búlgara contra los nazis. En *Más allá de la frontera. La política de una misión fracasada: Bulgaria, 1944*, se reúnen una serie de conferencias en Stanford, publicadas por sus herederos en 1997. Reconstruyendo la memoria no escritas de su hermano Frank Thompson, militante comunista y oficial de enlace con los partisanos búlgaros que muere en acción de guerra, reconstruye varias memorias sucesivas y alternativas entre sí sobre su peripecia con la guerrilla. No hace una biografía sino que reconstruye la memoria cambiante sobre su hermano a través de los años, desde el punto de vista de las fuentes militares oficiales, de las fuentes familiares y de las fuentes búlgaras y soviéticas. Conjuro las trampas de las fuentes –incluida la memoria-, las manipulaciones de los poderes que producen las fuentes, las conservan y las adaptan sucesivamente, y presentando un auténtico modelo histórico de construcción de una biografía.

El pasado y sus fuentes nos engañan y el presente nos confunde. Es una maravillosa aventura descubrir esa selva, adentrarse en ella, explorarla y salir indemne. Conjurar el engaño del presente es lo que hace también Martin Davidson, historiador y experto de la BBC en documentales sobre la Alemania nazi, en *The Perfect Nazi. Uncovering my SS Grandfathers's secret past and how Hitler seduced a generation*. Es el libro que escribe (2010) años después de que su madre le confiese en el entierro de su abuelo alemán que este había sido un nazi convencido. Durante meses no supo como gestionar aquella información que, por otra parte,

le permitía entender por fin indicios y signos sobre su abuelo que nunca había querido comprender en todo su significado porque nunca los había leído como historiador. Aquella revelación se acabó convirtiendo en una exploración de la biografía de su abuelo para intentar explicar porqué. Por qué se había afiliado al partido en 1924 –entre los primeros cientos– y siguiendo su peripecia militante cómo había terminado la guerra en Praga como miembro del selecto Servicio de Información de las SS, salvando milagrosamente la vida ante los soldados rusos que mataron a sus compinches pero no a él. Un viaje al centro de la bestia afrontado por un nieto. Muy recomendable. Nada parecido podríamos imaginar entre nosotros. Todavía.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Álvarez Junco, J. (1990). *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid, Alianza.

Botey Alonso, Dolores (2010): *10 años, 3 meses y 120 horas de prisión. Mis memorias*. Palma de Mallorca.

Burdiel, I. (2010). *Isabel II o el Laberinto del poder*, Madrid. Taurus.

Davidson, Martin (2010): *The Perfect Nazi. Uncovering my SS Grandfathers's secret past and how Hitler seduced a generation*. London. Penguin.

Estornés Zubizarreta, Idoia (2014): *Como pudo pasarnos esto. Memorias de una chica de los sesenta*. Donostia, Erein.

Fraser, Roland (1979): *Blood of Spain. An oral History of Spanish Civil War /Recuérdalo tu y recuérdalo a otros, Historia oral de la Guerra civil española*. Allen Lane, Phanteon/ Crítica. Barcelona.

González de Molina, Infante y Herrera (2014) “Cuestionando los relatos tradicionales: desigualdad, cambio liberal y crecimiento agrario en el Sur peninsular (1752-1901)” *Revista de Historia Agraria*, 63, pp. 55-88.

Labrador, Germán (2010) “Unearthing Franco's Legacy Mass Graves and the Recovery of Historical Memory in Spain”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* Volume 14.

Passerini, L (1984) *Torino operaia e fascismo*, Laterza, Roma-Bari.

Piedras Monroy, Pedro (2012) *La siega del olvido: memoria y presencia de la represión*. Madrid: Siglo XXI.

Resina, Joan Ramón (2008) *La vocació de modernitat de Barcelona. Auge i declivi d'una imatge urbana*. 2008, Galàxia Gutenberg.

Rousseau, Frederic (2014) “Repensar la Gran Guerra. Historia, testimonios y ciencias sociales” *Historia Social*, 78

Samuel, R. y Paul Thompson (1990) *The Myths We Live By*, London, Routledge.

Thompson, E. P. (1997/2012) *Más allá de la frontera. La política de una misión fracasada: Bulgaria, 1944*. Madrid. El Viejo Topo.

Thompson, P. (1978) *The Voice of the Past*, Oxford, OUP.

Van Bath, Slicher B. H. (1961/1974) *Historia agraria de Europa occidental, 500-1850*. Barcelona, Península.

www.histagra.usc.es (Grupo Histagra: Historia agraria e política do mundo rural)

www.nomesevoces.net (Proyecto de investigación interuniversitario Nomes e Voces)